

RECUERDOS

No respondí. Estaba harta de contar tantas veces la misma historia y ver la misma cara de "pobre niña" en todas las personas. Nadie era capaz de comprenderme a mí, ni a las razones por las que estaba así; y mucho menos me iba a comprender ese payaso que hacía como que me escuchaba por cuatro duros.

-¿No vas a decirme por qué estás así?- volvió a insistir el psicólogo.

Suspiré, resignada. Aún quedaban 50 minutos, e iba a ser peor pasarlos bajo la insistencia y la mirada inquisidora de ese tío.

-No creo que le interese. Directamente y sin rodeos; creo que no es de su incumbencia.

-Sí lo es, Sara. Sino tus padres no te habrían traído aquí, ¿no crees? Aunque parezca mentira, sé lo que estás pensando; que no te comprendo y que tus problemas no me incumben, pero te equivocas. Es mi trabajo, mi profesión; se me da bien y me llena por la sencilla razón de poder ayudar a personas con problemas como tú.

El Inquisidor siguió con su discurso.

-No puedo ayudarte si no me dejas; o al menos, si no me dejas intentarlo. Puedes contarme lo que quieras. No puedo decir nada, es secreto profesional.- E hizo un intento de sonrisa, pero se quedó sólo en el intento.

Suspiré otra vez. Iba a tener que hacerlo. Iba a tener que contárselo. Todo. Aunque sabía que no me haría sentir mejor. Sabía que al final de la sesión acabaría llorando, como siempre que contaba a alguien mis oscuridades.

-¿Y desde dónde empiezo?

-Podrías empezar desde cuándo notaste que caías en la depresión.

Hice como que me esforzaba en hacer memoria, aunque en realidad lo tenía bastante presente.

-Mm... No me acuerdo.

El Inquisidor parecía pensativo.

-Está bien.- Volví a suspirar. Ya se me estaba formando un nudo en la garganta.- Todo empezó alrededor de hace dos años...

No, por favor; otra vez no. Mi abuela paró de comer, cogió el barreño que tenía a su derecha y empezó a vomitar. Con una mueca de asco y chasqueando la lengua dejé de comer también. Bueno, en realidad todos los que allí estábamos; mi abuelo, quien ya estaba acostumbrado a ese tipo de escenas desde que a mi abuela le suministraban los parches de morfina, mi madre, mi hermana y yo. Mi abuela estaba lívida y casi llorando. Odiaba ver llorar a mi abuela. Para mí era mi abuela; alegre, irrompible, fuerte, eterna... O al menos eso creía. Desde hacía algunos meses, llorar era lo único que hacía. Miraba al techo y decía: "Señor, ¿por qué no me llevas? ¿Por qué no haces que deje de sufrir?".

Aún recuerdo la primera vez que la vi llorar. Se me cayó el mundo a los pies. Intenté consolarla, pero ella seguía con sus lamentos. Con el tiempo, este tipo de episodios se hacían más comunes, y yo acabé cogiéndole asco a esas situaciones y evitaba a mi abuela, algo de lo que me arrepentiré siempre. Cada dos semanas la llevaban de urgencias para que le vaciaran la barriga de líquido, ya que mi abuela estaba en un estado avanzado de hepatitis C, lo que le provocó que los pulmones produjesen líquido y se le hinchara la tripa. Le metían una aguja de unos cuantos centímetros, y la vaciaban como un saco. Y así sucesivamente. Siempre que íbamos a visitarla deseabairme; total, para ver el mismo espectáculo de lamentaciones y desolación...

Yo quería a mi abuela sana, la que estaba feliz, la abuela a la que le apasionaba cocinar y nos dejaba de piedra con sus comidas de estrella Michelin, la que disfrutaba contándonos historias de su juventud y viendo las carreras de fórmula uno en la televisión. La que regaba sus bonitas flores y alimentaba a las palomas de su terraza en Madrid, en plena calle de Alonso Cano. La abuela con la que jugábamos después de comer a una partida de parchís... El abuelo siempre ganaba. No podía verla así, en sus últimas. Los médicos le habían estimado unos dos meses de vida.

Era su cumpleaños. Finales de abril. Nos íbamos a ir ya a casa, y nos estábamos despidiendo. Mi hermana y mi madre ya estaban casi preparadas en la puerta. Mi abuela estaba en su cuarto, arropada, intentando echarse la siesta. Me senté enfrente de ella. La contemplé. En ese momento, tuve un atisbo del arrepentimiento que llegaría a tener en un futuro próximo por mi horrible comportamiento hacia ella. Intercambiamos algunas palabras. No me acuerdo sobre qué. Me levanté y le di un beso en la frente.

-Mejorate, abuela.

Supongo que le dije "te quiero". O al menos, por el bien de mi conciencia prefiero pensar que fue así. Me despedí del abuelo y nos fuimos.

Una semana después, a primeros de mayo, un día antes del Día de la Madre, estaba en casa de mi padre, terminando de desayunar. Otra mañana igual. Aburrida. Desesperante. Me equivocaba. Estaban llamando a casa. Era mamá. Seguramente para decirnos lo mucho que nos quería, pero claro, sólo le salían esas palabras cuando estaba de viaje. Y no me equivocaba. Sin embargo, esta vez era muy distinto. Todo lo era, en realidad.

-Hola, mamá - dije deseando ya pasarle el teléfono a mi hermana Lorena.

-Sara- dijo mi madre con voz entrecortada. Parecía dispersa, en otra realidad. Se oía el ruido de un motor, así que probablemente estaría conduciendo.- Sara, la abuela se está muriendo.

Lo último lo dijo prácticamente en un sollozo. Me quedé en shock. No podía reaccionar. Dejé caer el teléfono, me di la vuelta y grité:

-¡Lorena!

Fui corriendo a la cocina, donde mi hermana estaba desayunando y mi padre lavaba los platos.

-¡Lorena! ¡La abuela se está muriendo!- dije entre sollozos.

Mi hermana dejó de comer automáticamente.

-¿Qué? ¿Qué dices?

-¡Sí! -grité, histérica.- ¡Es...está mam... mamá al teléfono!

Las dos fuimos corriendo al salón y recogí el teléfono del suelo. Mi madre estaba gritando mi nombre al otro lado de la línea. Tenía las manos heladas, impregnadas de un sudor frío también. Mis dedos torpes apenas podían sostener el teléfono.

- ¡Sara! ¡Sara, por favor! ¡¿Estás ahí?! ¡Sara!

-¡Sí, mamá! ¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado? ¿Puedo ir a verla? ¡Por favor mamá!

-¡Estoy yendo para Madrid! ¡No llegaré a tiempo, cielo! Están con ella la tía Teresa y la tía Montse. ¡Dile a papá que os lleve a su casa, y os da tiempo a despediros!

Dejé a Lorena al teléfono para que mamá le pusiera al día. Yo fui corriendo a la cocina, donde mi padre terminaba de fregar el último plato. Me miraba como con cariño, como si fuese una niña que no entendía las cosas. Y en ese momento así era.

Mi padre no se llevaba bien con mi abuela porque habían tenido peleas por ese tipo de cosas de las que luego nunca nadie se acuerda, pero que al parecer perduraban en su memoria. En general, no se llevaba bien con casi nadie de la familia de mi madre, y ese resentimiento se acentuó con la posterior separación de mis padres.

- ¡Papá! Es la abuela. Se está muriendo. Podemos llegar a tiempo. Por favor, llévanos a su casa- dije en un tono suplicante.

- Cariño, no vamos a llegar. Estamos a cuarenta y cinco minutos de allí.

-¡Papá, es que no lo entiendes! Es mi abuela. Por favor, déjanos despedirnos de ella por última vez.- dije mientras unos lagrimones de impotencia empezaban a deslizarse por mis mejillas encendidas.

- Sara. No vamos a llegar.

Con ganas de abofetearle la cara, me largué de allí y me fui al salón, dispuesta a llamar a casa de mi abuela. Si no podía darle un beso antes de que se fuera, al menos quería despedirme de ella. Sólo un último adiós.

Cuando llegué al salón Lorena había terminado de hablar con mi madre. Las repercusiones de sus palabras ya tenían efecto en ella; tenía los ojos vidriosos. Arranqué el teléfono de sus manos y llamé a casa de mi abuela. Un tono. Dos. Tres. Cuatro. Iba a colgar cuando una voz femenina se hizo oír al otro lado de la línea. No era mi abuela. Era mi tía Teresa.

-¿Sí?

-Teresa, soy Sara, tu sobrina... ¿Está la abuela?

-Ah... Eh, cielo... ya se ha ido. Pero te la paso de todas maneras. Seguro que esté donde esté te estará escuchando. Está sentada en su mecedora.

Tragué estas últimas palabras como si fueran puñaladas de hielo. Mi abuela se había ido. Se había ido, y no había tenido ocasión de despedirme. Empecé a intentar pensar en lo que iba a decirle. Pero no podía pensar.

-Te dejo con ella -oí decir a mi tía.

Esperé unos segundos, en silencio. No sé por qué. Tal vez estaba tragando el golpe todavía, o simplemente esperaba que la voz enérgica y desgastada por los años de mi abuela sonase a través del auricular. El caso es que no lo hizo.

- Abuela... -no podía continuar, pero sí dejaba que las lágrimas me invadiesen ahora no podría parar. Tragué saliva y comencé a hablar -Abuela, sé que últimamente no he sido una buena nieta. No he sabido entenderte, ponerme en tu lugar, y sé lo mucho que has sufrido. Sólo espero que me perdones, o que no me lo hayas tenido en cuenta, que te quedes con lo bueno; porque eso es lo que voy a intentar yo. Y bueno, que no me quiero enrollar mucho -añadí mientras las lágrimas comenzaban a aflorar en mis ojos y se me escapaba una risa nerviosa -sólo decirte que ojalá estés donde tú siempre habías querido. Te quiero, abuela. Descansa en paz.

Las lágrimas me caían redondas, calientes, por la cara. Emitía leves sollozos. El Inquisidor me ofreció un pañuelo. Directamente, cogí la caja. De la forma en que me miraba, parecía que sentía pena, lástima... Compasión.

- Haga el favor de no mirarme así -le espeté. -No soporto la compasión.

El Inquisidor cambió el gesto. Por su expresión, supe que se había sumergido en sus cavilaciones. Después de unos minutos, comenzó a decir:

-No siento compasión. Comprendo tu dolor, y lamentablemente no puedo decirte nada que no sepas. Sólo quiero añadir a lo que supongo que te habrán dicho tus familiares y amigos, que tienes que seguir adelante. No queda otra opción. -Hizo un gesto con las manos, como diciendo que no había otra alternativa, y continuó su discurso -Por lo que me has contado, deduzco que eres una persona demasiado perfeccionista, y eso a la larga te va a acabar pasando factura. Debes dejar de torturarte porque, aunque duela, el pasado, pasado es y no se puede cambiar. Además, estoy seguro de que tu abuela ni siquiera te lo tuvo en cuenta. Tu abuela sabía que la querías, y que no era a propósito. Es más, te equivocas. Sí te despediste de ella.

-¿Sí? ¿Estás seguro de que no me lo ha tenido en cuenta?

-Sí, seguro. El amor de una abuela rompe todas las barreras. -y esta vez la sonrisa le salió de verdad.

Yo también sonreí. Necesitaba oír eso en una persona de fuera, en alguien que no fuera mi propia conciencia intentando librarse del arrepentimiento. Aun así, hablar con el Inquisidor no era hacer magia. No era librarse de toda la culpa. Obviamente, tenía que aprender del fallo y lidiar con él.

No sé por qué la gente describe una pérdida como un dolor agudo y punzante que se instala dentro de ti. Para mí es más bien un aturdimiento devastador unido a un vacío irreemplazable. Y no empecé a ser realmente consciente de que de verdad mi abuela ya no estaba ni cuando la vi inhumanamente lívida y dormida en el velatorio. Ni siquiera cuando nos estábamos despidiendo y le di un beso en su dura y fría frente. Cuando de verdad empecé a ser consciente fue cuando dos semanas después fuimos a casa de los abuelos. Corrijo: casa del abuelo.

El salón estaba igual. Se aspiraba el aroma de mi abuela, ella seguía allí con nosotros. Su mecedora estaba intacta, con los mismos cojines, en el mismo orden. Su cama estaba hecha, con la misma manta, y el perfeccionismo con el que mi abuela de 86 años la hacía. Parecía que se había ido a dar un paseo. El único fallo es que mi abuela estaba tan enferma que no se movía ni siquiera de su mecedora. Sabía que con el tiempo aquella esencia, aquellos resquicios que quedaban de mi abuela desaparecerían.

Muchos dicen que el tiempo todo lo cura, pero depende de cómo se mire el tiempo destruye.

Supongo que ese vacío tampoco se llena nunca con facilidad, que se aprende a vivir incompleto. A día de hoy, a veces pienso en ella y lloro. A veces, voy a su cuarto, vacío, con las mismas sábanas; la misma manta, y hablo con ella. A veces, me da por pensar en si mi abuela estaría orgullosa de lo que me he convertido, o si despreciaría ciertas actitudes. No lo sé, y no puedo estar segura, pero sí necesitaba soltarlo. Buscar comprensión. Sentirme menos despreciable, supongo. Porque si hay algo que me llevo de esto, es que no hay mayor error que no aprender de los errores. Te quiero, Mimi.